

Manuel J. Castilla

Nació en Salta en 1918.

publicó en poesía:

Agua de Lluvia

Luna Muerta

La niebla y el árbol

Copajira

Norte adentro

La tierra de uno

El cielo lejos

Bajo las lentas nubes

Posesión entre pájaros

Andenes al ocaso

El verde vuelve

Publicó en prosa:

"De solo estar"

Autor de la letra de numerosas canciones ampliamente difundidas.

LA CASA

Del libro "Posesión entre pájaros" (1966)

Ese que va por esa casa muerta
y que en la noche por la galería
recuerda aquella tarde en que llovía
mientras empuja la pesada puerta,
ese que ve por la ventana abierta
llegar en gris como hace mucho el día
y que no ve que su melancolía
hace la casa mucho más desierta,
ese que amanecido, con el vino,
se arrima alucinado al mandarino
y con su corazón lo va tanteando,
ese ya no es, aunque parezca cierto,
es un Manuel Castilla que se ha muerto
y en esa casa está resucitando.

MUJERES DE NEGRO

Del libro "Posesión entre pájaros" (1966)

A veces me vuelven pueblos a los ojos.
Pueblos de mi provincia, solos. Casi remotos.
Pueblos que mi memoria reconstruye
ciñéndolos con esa melosa lentitud que ellos han dejado
en mis manos.
Hay noches turbias de tanto polvo, digo, en que miro esas cosas.
Entonces no sé si lo que veo viene desde el recuerdo o
si todo eso es cierto.
Son callejones de tierra gris,
tarde con muchachas de pelo oscuro y húmedo.
Eso.
Y algo más también que derrumba sus latidos.
Claro, yo digo pueblo cuando casi me olvido
de ese ocaso de un lunes tizado de recordaciones.
Era en el cementerio de Las Lajitas, dentro del monte,
en Salta.
Las mujeres, de negro, sentadas al lado de las tumbas,
quedaban.
(Yo las vi en el crepúsculo, junto a sus muertos, alzar
la tierra de a puñados
y dejarla caer desde sus dedos como una caricia inútil
y suave y tardía).
Era un recuerdo largo todo eso.
Eran vivos dedos de polvo deshaciéndose.
Un tiempo que llegaba desde la misma muerte que velaban.
Un jugar despacito, de niño solo.
Un enterrar, penoso, sus propios pensamientos, sus lágrimas,
sus venideras flores en esa tierra
a la que si se le lloraba encima florecía.
Volcadas toda la tarde sobre sus muertos las mujeres de negro.
Sombra pesando sobre el propio recuerdo.
Y un viento llevándose como briznas las lágrimas de
ese lunes, arriba, por los quebrachos blancos.
Esa tristeza que uno no sabía si era melancolía o simplemente
un ver como si nada los ojos de la nada.

EL TACTO

Del libro "Andenes al ocaso" (1967)

¿Qué es esto que mi cuerpo
suelta, lento, en la noche?
¿Desde dónde, en lo oscuro, me crece esta otra mano
como una sed palpándose a sí misma?

No sé si ve, pero sé que camina.
De caída en caída y torpe, topetea,
hasta que se desliza
y suavemente sube y dulcemente baja
y parece, de golpe, que empezara a dormirse.

Ocasiones se eriza.
Sin tocar se contrae
y es como si bordeara las últimas barrancas.
Oh, sedoso animal que yo destilo.
Tímido caracol que se retrae.
Casi pudor pensante.
Verónica en el agua deshaciéndose.
Tránsito subrepticio del amor.
Beso ciego.

Pareciera de pronto que se le oye la sombra.
A veces es la forma recordándose
y hueca del deseo,
una lengua cortada
rameándose en silencio.

Todo eso sé.
Me voy con él como quien va al ocaso
y quiero todo lo que él quiere,
lo que busca y lo que ama
mientras me digo melancólicamente
aunque me duela:
cuando venga a tocarme estaré muerto.

MENHIR DE CACHI

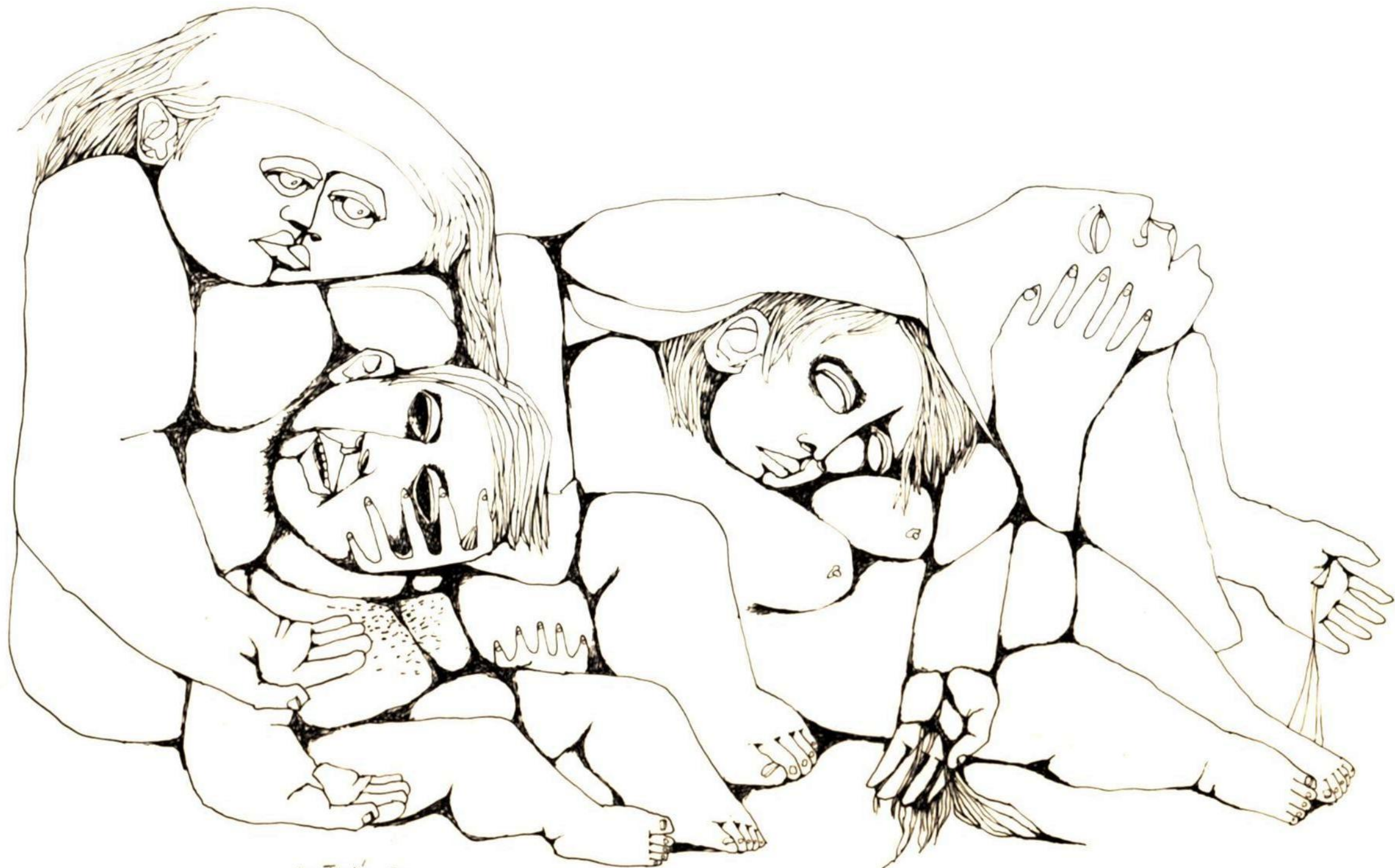
Soy una piedra muda,
uno nacido ciego en el valle calchaquí,
un hijo hechizo de la geología,
apenas un resuello del granito apagándose
sin forma todavía
que mira un tiempo hundido y sin memoria.

Hace miles de años
vi nacer la lechosa joya del maíz
y sentí las manos del hombre
moldeándome cantando.

Sé que en pozos me crecen todavía,
reventadas, las burbujas de la primera lava
y que cuando me hallaron
deshicieron al viento mis cenizas aún tibias
porque era quien velaba los desvelos del fuego.

Soy todo eso
y siento por mi sangre
como por una yema de roca,
arenosa, pasar la eternidad.

Ahora,
con todo el cielo encima
yazgo dentro de un agua silenciosa.
Alguien me tiene entre sus brazos, lejos.
Mañana tal vez lllore.



Matalahy-71

EL ZORRO

Soy el que se hace el muerto, el no me pises
el que va por el monte perseguido,
ese que está pero que ya se ha ido
rayado el lomo por las cicatrices.

El que come semillas y raíces
el que grita en la noche, el evadido,
el que amanece solo y escondido
con todo el hambre lleno de perdices.
Soy Juan del Monte, el que tomando un vino
de palangana voracea al destino
y en gallineros alza el griterío.

El que si sale por la izquierda es suerte
y en el camino siempre halla la muerte
la boca risa con el plumerío.

PABLO GREDA

Del libro "Andenes al ocaso" (1967)

Esta cabeza de hombre y con sombrero,
este indio que me mira
desde una vasija diminuta y de barro
en la que apenas caben unos tragos de chicha,
yo sé lo que recuerda
cuando asoma a la cueva de greda que lo ampara
y lo envuelve
lo mismo que una lengua con ojos por salir de la boca.

Recuerda sus primeros latidos.
Su nacimiento, acaso.
y ve cómo una mano de mujer lo acaricia
y cómo lo va haciendo despacio
con humedad y tierra y fuego.

Siente cómo iba siendo.
Y cómo le cavaban la boca las espinas,
cómo se les hudían para hacerle más oscuros los ojos
y cómo igual que al paso de los pájaros
la mano le asentaba su sombra en cada ceja.
Y cuando le labraban el sombrero
una hoja de lapacho
como una mano seca le escarbaba en el pelo.

Este hombre quieto
dentro su propio barro empantanado,
este indio me da, mudo,
su mirada de saurio acorralado
y en la alianza dorada de su pétrea pupila
destellan los primeros crepúsculos del mundo.

Todo esto pienso de él, pero huyo de sus ojos.
No quiero que me abrace su mirada barrota
en cuyo centro dura
la ceniza celeste del incendio
en donde los fraguaron melancólico.

Pablo Greda
me tira desde su ánfora
de gota en gota su indio,
todo el silencio astral, su no hacer nada,
su tumba anticipada,
su esperar que yo pase bajo sus pies
sobre el río Bermejo
mientras él me despide duro como una barranca.

COMO UNA SOMBRA DULCE

Del libro "Andenes al ocaso" (1967)

Este trinchante oscuro,
este espejo callado entre biseles,
estos leones negros que miran sin ser buenos ni malos
y ofrecen en sofás, repujados,
cuernos de una fortuna rebalsante de frutos
que nunca probaremos;
esta mesa rayada, huesosa por el uso,
llena de navidades que se lloran casi angélicamente,
todo esto, digo,
viene a mi corazón y lo entiernece.

Lo pone blando. Se le entraña
y le asienta de golpe
la azulina memoria de la infancia.

Entonces yo camino mi lagrimeante sangre.
Reconstruyo esos días
como láminas de oro.
Cada niño era un astro dulcemente caído.
Aquél era un bejuco increíble y al aire
y éste un agua entre álamos
calcando un cielo viejo.

Era todo eso.
Y era también la madre.
(Un helecho recuerda todavía
cómo fueron de tenues sus caricias.
Un helecho de tul que vuelve desde el cielo
y nos crece sonoro entre pequeños ángeles
montados y volando sobre un cisne de greda en
la maceta).

Era la madre, entonces.
La de los añonuevos.
La que nos venía a ver desde sus muebles
en los que había quedado adormecida
y por donde vagaban recordándose
las manos rosas de su casamiento.

Desde esos muebles hondos
las almendras con ella;
desde el júbilo largo, los yaravies con ella,
y las zambas airosas, con ella. Y más con ella
la glicina soltando sus crespones de olvido.
Por allí regresaba.
Salía de esa madera invisible y palpable
como una sombra dulce.
Un recuerdo carnoso, parecía.

Un regreso de luz aquerenciada, era.
Venía como de lejos entre espejos insomnes
con la suavidad de los cielos dormidos.

Salía desde sus muebles
igual que desde un bosque
labrado por volutas de pájaros.

Un viajero levísimo,
un viajero que nunca se nos fue, era ella.
Por eso es que sentimos que la vida
nos toca con sus manos todavía.





MANUEL JOSÉ CASTILLA

Nació en Cerrillos, Salta el 14-08-1918
Vivió hasta el 18-07-1980 (Salta)

Publicó en Poesía

- 1941: Agua de lluvia
- 1943: Luna muerta.
- 1946: La niebla y el árbol
- 1949: Copajira
- 1951: La tierra de uno.
- 1954: Norte adentro.
- 1956: Coplas para cantar con caja (Recopilación, Prólogo y Epílogo)
- 1959: El cielo lejos.
- 1963: Bajo las lentas nubes.
- 1964: Coplas con picardía (Prólogo y Revisión)
- 1966: Posesión entre pájaros.
- 1967: Andenes al ocaso.
- 1969: Tres veranos (Plaqueta)
- 1970: El verde vuelve
- 1972: Cantos del gozante
- 1972: Integra la Antología Los Poetas que Cantan
- 1972: Coplas de Salta (Recopilación y Prólogo)
- 1976: Angeles de visillo (Plaqueta)
- 1977: Triste de la lluvia
- 1979: Cuatro carnavales (Plaqueta)

Publicó en Prosa:

De solo estar

Autor de la letra de numerosas canciones ampliamente difundidas.

Obras inéditas
¿Cómo era? (Prosa)
Campo del cielo (Poesía)

Los Poetas que Cantan II

TIZNADO DE INFINITO

Entren conmigo a lo hondo de la noche, a su arena
más negra.

Y tráiganme a la tierra de la mano, ya ciego, tiznado de
infinito

Yo sé que así, a tanteos, voy a sentir las cosas.

Les contaré cómo nació la miel en las abejas
La vez que se soñaban poseyendo a la lluvia.

Que al tocar el racimo verde del banano naciendo,
Sentí llegar, tímidos, los marfiles
Y cuando entre mis dedos se derramaba el polen
Ví venir amarillo del desierto siendo recién el viento.

Que oí trepar el agua desde arcillas sumidas
Y en una muchedumbre de hojas y de tallos
Hacerse sombra y ensanchar su reposo hasta ser el
silencio.

Toquen el pecho de los guacamayos,
Hundan la mano entre el plumaje y carne
Y sentirán el huevo donde germina el cielo.

Y si andan en la tierra lisa y ocre de Oruro
Y ven alzarse de la arena mineral la corola
Lila y celeste de una flor pequeñita,
No vayan a pisarla porque van a quebrarle
La espuma de su nombre: Saliva de la Virgen.

Si palpo una semilla escuchará mi sangre
desenroscarse como baba de araña.
Toda la roca de los palosantos,
Y si toco una gota del semen del jaguar donde nadan
sus ojos,
Sabré que desde su hambre saltó la primer chispa de
los grandes incendios.

Iré pisando las cenizas más viejas
Y si caigo de boca sobre ellas con el sueño
Seré una rama verde naciendo desde esa apaciguada
carne del humo.

Entren conmigo a lo hondo de la noche.

(de Cantos del Gozante)

Manuel José Castilla

LA BAGUALA

Cuando ella viene, sentimos que la boca se nos llena
de un gusto a pasto pisoteado,
Y que tiene un sabor a cuero resobado y reseco,
Entonces es cuando hay que cantarla con todo el pecho
Aunque la voz se quiebre en medio del intento
Y nos quedemos tristes para siempre.

Recién, entonces, es cuando se comienza a transitarla
con alegría
Y a comprender por qué anda por los caminos llenos
de polvo, sola,

Entre las venas del hombre que la mira irse en silencio.
Por qué se duerme sobre vasos de vino
Mientras el hombre queda con el sombrero entre
las manos como un nido vacío.

Sabemos que se alza sobre los carnavales
Desde aquellos que comen en silencio en las cantinas
últimas;
Que toda contención será inútil cuando su remolino
turbio
Baile sobre la sangre un frenético erizamiento;
Que viene el día y la hora y el segundo en que ella
crece en el árbol

Sobre nuestra tristeza que la busca,
Y que cuando comienza su descendimiento espeso,
nos queda todavía, lejano,
El ruido de su pecho sobre las cajas del atardecer.

Quemándose en los ojos más oscuros como la última
brasa
Y arrinconada sobre las lágrimas de los borrachos
que recuerdan,

La noche le pertenece íntegra
Con sus caballos que mueren a mitad de camino
velados por la copla que los ha asesinado.
Uno la ve llegar sobre lentos silbidos
Cuando la arena roja de los chacos traga todos
los huesos muertos
Y no se sabe si la luna lleva ciervos heridos por el cielo
O ramazones secas.
Y sobre los domingos, cuando viene la noche
Con su garganta llena de sapos y un cascabel de víbora
Vierte su agua milenaria sobre la boca sedienta de la caja.

Cuando se la ha sentido así, necesariamente hay
que llorarla
Y llorarla, no con los ojos sino con las raíces,
Y con los muertos que nos vuelven siempre
Dolorosamente puntuales todos los lunes de la vida.
Tenemos que llorarla sobre las conquistas del amor,
Entre las carpas que cuelgan su albahaca para
los faroles sonámbulos;
Junto a las zambas que se bailan seriamente para
que rían los pañuelos

Los Poetas que Cantan II

Mientras una mujer recoge el ruedo de su falda
Antes que la desate el peso de las coplas.

Tenemos que llorarla y cantarla
Ahora que del pecho caliente nos crecen rosados lapachos
Y podemos ver con asombrada inocencia
Que el verano es un río dorado que nos lame íntegros
como a una barranca;
Ahora que sentimos que el bosque de yuchanes cabe
en nosotros
Con sus tallos verdes y su silencio de violento chaco,
Ahora que contenemos la tierra alegres y profundos
como una semilla.
Tenemos que cantarla porque ya se nos pierde
En los ojos remotos de los músicos ciegos
Desde cuyo fondo todo parece que se estuviera
despidiendo.

(de La Tierra de Uno)

BÚSQUEDA AMERICANA

(fragmento)

América:
Una tarde salí por tus calles a buscarte
Porque dentro del alma, bien dentro,
Yo te sentía dolerme con toda tu garganta.
Te fui a encontrar tristísima en la pampa.
Un gaucho solitario te llevaba en la espalda, eras una guitarra.
Cuando la noche se derrumbó en tus hombros,
Te ibas en vidalitas cielo arriba como un adiós quemado.

Porque tu sangre es de guitarra viva,
Porque vienes golpeándonos la boca, desnudada y altísima,
Y te nos vuelcas largo sobre el vino,
Yo te he visto salir una mañana
Cuando la luz iba de casa en casa.
Salir de una cantina, tambaleante y alegre
Hablando sola de tus mocedades.
Una baguala antigua te lloraba en la lengua.

Porque a veces busqué tu sombra espesa en los cañaverales dulces,
En tus indios que tejen su corazón y su miseria con sonoros colores,
Y te miré en sus huacos y en sus ollas yéndote hacia tus dioses.
En ellos, que amasaban en greda tu misma carne, estabas.
Era la fiesta del maíz, entonces.
Del maíz y la chicha.
Y de las alegrías abiertas como frutas al sol; Y de las danzas.
Todo el pelo retinto te embarraba la cara y te golpeaba el lomo.

La chicha corría sus veranos crecidos por los labios
Y la aloja manaba como un alba líquida.

